

LA FUNCIÓN DEL PAISAJE: CARTOGRAFÍA ANALÍTICA Y SINTÉTICA

José Sancho Comíns¹

INTRODUCCIÓN

En el paisaje, tan inherente como la vida, es la función de cada una de las piezas que lo integran. No hay peor crisis que la disfuncionalidad. Cuando por decisión de los grupos humanos que viven en un determinado ámbito, o bien por la incidencia de algún evento natural, queda alterado gravemente el equilibrio e interacciones que necesariamente se vive en el paisaje, la crisis se desencadena sin dilación, abriendo un tiempo incierto en el que, por un lado, las tendencias regresivas y, por otro, las recuperadoras de un nuevo equilibrio se debaten incansablemente.

El tiempo acompaña al paisaje. Cada segundo se vuelve irreplicable, siendo precisamente ese cambio permanente el que lo mantiene vivo. El paisaje "está caracterizado por un importante dinamismo. Puede decirse que está mantenido por el resultado de esas interacciones de componentes vivos e inertes (roca, atmósfera, agua, microorganismos, plantas, animales, acciones humanas,...); en general con equilibrios bastante críticos y fáciles de alterar".¹ "Fuerzas interiores" las llamó Humboldt², capaces de urdir un denso tejido por el que fluye la vida hasta constituir la "trabazón" de la que hablaba M. de Terán.³

En este sentido, se puede decir que también la función del paisaje está en constante

cambio. Su adaptación a las nuevas circunstancias es permanente y sólo una drástica ruptura con la dinámica habitualmente vivida entraña procesos regresivos por disfunción. El paisaje vive saludablemente mientras la función está adecuada a la propia potencia. El conjunto de piezas que componen el mosaico paisajístico se beneficia del equilibrio particular mantenido por cada una de ellas. Los períodos de equilibrio son los más en el devenir del paisaje, aunque desde los albores de los tiempos las sacudidas lo hayan estremecido en numerosas ocasiones; no es una novedad la crisis que pueda vivir hoy un paisaje, sea por acción humana o natural, aunque a nuestro ojos es lógico que nos importe en sobremanera lo que en nuestros días acontece y pueda perturbar gravemente la vida del paisaje.

Como es bien sabido, el paisaje de nuestras regiones y comarcas está plenamente humanizado. No parece correcto seguir manteniendo para nuestro ámbito aquella diferenciación clásica, tan neta en apariencia, entre paisajes naturales y antrópicos. Dicho de otra manera, la funcionalidad del paisaje, en términos globales, está intervenida por la acción humana. En suma, no es posible entender el sentido de cada una de las piezas del paisaje actual sin conocer la historia humana⁴ acaecida sobre las mismas.

Los grupos humanos buscaron desde

1. Departamento de Geografía, Universidad de Alcalá, Colegios 2, 28801 Alcalá de Henares.

siempre acomodar sus necesidades a las propias condiciones del medio. La potencialidad agrológica, por ejemplo, pudo quedar integrada de esta manera en un sistema agrario que la hacía conveniente a las exigencias de la población; la "naturaleza" resplandecía, si cabe más, al incorporarse en pleno equilibrio a un uso sostenible.⁵ El funcionamiento parecía estar sincronizado, acomodándose el trabajo humano al soporte físico sin llamativas rupturas; el dibujo que fue estampándose sobre el territorio en esas situaciones no era sino el acta feliz de una relación que fortalecía a la tierra y a sus gentes (véase figura 1).

Cualquier posición que defienda sin fisuras el mejor acomodo de la tradición al territorio peca, sin embargo, de nostálgica. Rupturas y agresiones, a veces de consecuencias graves, las ha habido siempre. Enfrentar la situación actual, de características críticas para el paisaje, con otras anteriores de matiz más bonancible no deja de ser un planteamiento simplista. Sencillamente las circunstancias son diferentes y no pueden ser enjuiciadas con los mismos criterios. La sobrecarga del paisaje no es una novedad, ni su abandono tampoco; el forzamiento y el vacío funcionales sobrevinieron numerosas veces a lo largo de la historia.

En este trabajo queremos analizar la dinámica funcional de un paisaje mediterráneo con el fin de probar que la desaparición de la acción humana ha repercutido muy negativamente en el mismo. Desvertebración y homogeneización son dos notas características del tránsito operado. Por otra parte, la nueva solicitud que la sociedad tiene hacia estos

espacios les sitúan ante una tesitura difícil en la que las respuestas son dubitativas hasta el momento.

I.- DE LA SOBRECARGA A LA CRISIS FUNCIONAL

La crisis vivida por el mundo rural en los últimos decenios ha desembocado en un nuevo contexto en el que, en ocasiones, se puede hacer difícil percibir los verdaderos soportes sobre los que puedan apoyarse el sostenimiento y desarrollo de la vida campesina. Los problemas son bien diferentes en las áreas rurales deprimidas y en aquellas sobre las que los modernos sistemas intensivos volcaron todo su poder y exigencia; ambas son hijas de la drástica transformación que sacudió la actividad agraria de nuestras regiones mediterráneas, notablemente desde mediados de los años sesenta. Téngase en cuenta, pues, que la primera cuestión es no confundir dos mundos rurales en los que concurren circunstancias muy diferentes y no pueden, consecuentemente, ser tratados de manera homogénea. En esta ocasión, vamos a abordar la presentación de un área deprimida, el valle del Mijares en la provincia de Castellón⁶, que tanto por su situación cercana a un ámbito desarrollado -La Plana- como por sus propias circunstancias le hacen especialmente interesante.

En efecto, el río Mijares, antes de su entrada en la Plana de Castellón, drena un amplio espacio cercano a los 2.000 Km² de los que una tercera parte corresponde a tierras castellonenses y el resto a la provincia de Tarragona. Vamos a estudiar ese tramo medio, entre la cabecera aragonesa y su llegada al llano

litoral, donde recibe las espasmódicas aguas de la Rambla de la Viuda que drena tierras del centro-oeste de la provincia de Castellón en una extensión cercana a otros 2.000 Km².

El valle medio del río Mijares (véanse figuras 2 y 3) presenta un contexto geográfico de sumo interés. Hace el enlace entre las parameras turolenses y los llanos litorales; se abre paso entre el área central subtabular y el sur diapírico de la provincia de Castellón; de Este a Oeste ve cómo cultivos y comunidades vegetales de filiación subtropical dejan su lugar a especies más emparentadas con ambientes continentalizados o microtéricos; los cambios en el patrón del asentamiento humano varían llamativamente, pasando de una ostensible presencia de masías diseminadas en su franja septentrional a los pueblos y aldeas concentradas en el sur; la austeridad de los perfiles estructurales del relieve en Peñagolosa se sustituye por la barroca complejidad de Espadán. En un reducido espacio, en suma, se vive la transición tan propia al mundo mediterráneo que enfrenta ámbitos geográficos diferentes y modos de vida contrastados. Este hecho -la heterogeneidad- ha constituido históricamente el fundamento de la relación humana y natural; de ella deriva la interdependencia que hizo solidarios a territorios bien diferentes.

A mediados de la presente centuria el valle presenta una imagen repleta de vida. Cada masía, cada una de las casas en las diferentes pueblos estaba habitada; los terrazgos labrados se encaramaban por las laderas y ribazos de acusada pendiente, enlazando las cintas de regadío de los fondos de valle con los más extensas tierras de pan asentadas sobre las

parameras; pastizales y bosques se entremezclaban con los labrantíos en compleja combinación. Cada pieza parecía responder desde su propia condición a la llamada del hombre que le convocaba a una función productiva. El trabajo humano suplía fuertes hándicaps y un interés en la conservación parecía regir todo un rico y variado sistema de aprovechamientos agrícolas, ganaderos y forestales.

Los datos globales son bien elocuentes. En 1960 son 14.039 los habitantes que pueblan este valle⁷, lo que supone una densidad de 20,5 h/Km². Dos años más tarde, son censadas 4.259 explotaciones agrarias y 3880 unidades ganaderas⁸. Según nuestra propia cartografía, levantada a partir de la fotointerpretación de los fotogramas del vuelo nacional de 1956⁹, las tierras labradas alcanzan 21.688,9 hectáreas, lo que supone, aproximadamente, un tercio de la extensión del valle. El ámbito forestal cubría algo más de 44.400 hectáreas, siendo dominante el matorral/pastizal (85% de las tierras forestales).

El mapa de ocupación del suelo no es menos expresivo que lo anteriormente referido (véase figura 4). El hecho más sobresaliente, desde el punto de vista paisajístico, es la extrema segmentación de las unidades de uso; los terrazgos son diminutos, entremezclándose lo agrícola y lo forestal en abigarrada combinación. Por otro lado, desde los límites orientales a las altas tierras del norte y oeste se establece una transición bien expresiva del cambio bioclimático al que anteriormente nos referíamos. En efecto, los regadíos, asentados en el fondo del valle, albergan naranjales y huertas

en el tramo bajo y dejan paso a otros frutales en las áreas más interiores; los secanos son leñosos en su mitad oriental (algarrobos y olivos), para volverse más selectivos en los límites turolenses del fondo del valle (sólo olivos) y exclusivamente cerealistas en los altos terrazgos asentados sobre las parameras. Las maquias mediterráneas xerófilas con la significativa presencia del palmito (*Chamaerops humilis*) irán dando cabida a otras especies más microtérmicas hasta hacer su aparición el erizo (*Erinacea anthyllis*) en las cumbres de Peñagolosa; los carrascales macrotérmicos (*Quercus ilex sub ballota*) de la mitad oriental se complementan con los continentales del interior, una significativa presencia de alcornoques (*Quercus suber*) en Espadán, quejigos (*Quercus faginea*) en las parameras y la seriación de coníferas desde el Pino carrasco (*Pinus halepensis*) al silvestre (*Pinus sylvestris*) pasando por el Rodeno (*Pinus pinaster*) y Laricio (*Pinus nigra*).

Un paisaje, en suma, típicamente mediterráneo donde no sería extraño escuchar aquella exclamación de Eugenio D'Ors: "Eh aquí la civilización". El modo de vida rural asentado sobre él se hizo solidario con el medio; empapó cada terrazgo y dejó bien marcada su perceptible huella. El paisaje desempeñó su tradicional plurifuncionalidad; de un aparte, sus labrantíos procuraban alimento a una población bastante densa y sus espacios forestales pasto para el ganado y energía para los hogares; de otra, el valle estaba inserto en un complejo ecológico de mayor escala -la fachada oriental de la península ibérica -donde desempeñaba una función vital para otros ámbitos foráneos

(notablemente por su papel de regulador y emisor de recursos hídricos, área de enlace de la trashumancia entre Gúdar y las tierras cálidas valencianas, reserva energética en su biomasa, etc.).

Esta plurifuncionalidad estaba ligada al trabajo humano. El mantenimiento del paisaje vivo requería bajo un sistema agrario tradicional fuertes inversiones de tiempo por parte de los grupos humanos asentados en ese medio rural. Por eso, nos ha parecido interesante llevar a cabo una evaluación de la carga de trabajo humano demandado por el valle para su sostenimiento; puede que en más de una ocasión la presión ejercida fuera excesiva hasta extenuar los recursos e incluso desencadenar procesos regresivos; ello obligaba, siempre, a un esfuerzo mayor por parte del hombre con el fin de remediar el desgaste y, muchas veces, a aligerar la carga humana mediante la emigración.

El trabajo de las comunidades rurales con un claro impacto paisajístico está relacionado, obviamente, con labores agrícolas, ganaderas y forestales. Bien es cierto que otras muchas actividades -comerciales, artesanales, de servicios, etc.- animan la vida campesina y tienen también su parte de responsabilidad en la configuración de un determinado paisaje. No obstante, vamos, por el momento, a presentar la parte más sustancial de esa relación física que se establece entre el territorio y el hombre y que, como acabamos de decir, viene expresada por lo que podríamos denominar la densidad funcional¹⁰.

En nuestro planteamiento se vislumbra una hipótesis que trataremos de demostrar en este trabajo: la plena funcionalidad del paisaje

rural en el sistema tradicional de la montaña media mediterránea se equiparó a elevadas densidades de empleo; por contra, la brusca descarga de trabajo que supuso la crisis de aquel sistema abrió un proceso de deterioro funcional con acumulación de graves riesgos para el paisaje (en la figura 5 se concretan las consecuencias de estas disfuncionalidades a las que más adelante nos referiremos).

A mediados de la presente centuria los espacios labrados del valle del Mijares pudieron requerir unas 2.000 UTAs para su mantenimiento. Más de la mitad serían invertidas en los labrantíos del secano cerealista, siguiéndole en importancia el secano leñoso (alrededor de 700 UTAs) y las huertas (sobre las 60 UTAs). Los espacios forestales concitaban un triple interés: como recurso energético, lugar de aprovisionamiento maderero y ámbito pascícola. El primero de los aspectos tuvo una importancia extraordinaria; los hornos de pan, del valle y la Plana, y sobre todo las fábricas azulejeras consumían vorazmente miles de "gavillos" diarios de maleza; los senderos de herradura sangraban energía sin descanso, que, a lomos de mulas, llegaba a diario hasta los puntos de carga; haces de alia-gas, romeros y coscojas arderían después en los hornos industriales de la Plana. Resulta difícil cuantificar el trabajo humano que consumía esa labor, realizada habitualmente "a ratos", y con una gran variabilidad estacional; nuestro cálculo se concreta en unas 180 UTAs para el conjunto de las 44.250 hectáreas que por aquel entonces tenían las tierras forestales. Por último, la cabaña ovina y caprina, de fuerte presencia en barbecheras, rastrojos y pastizales contaba con unas 1.500 Unidades Ganaderas lo que hace

suponer una inversión cercana a las 150 UTAs.

En términos generales, y sin contar el trabajo demandado por otro tipo de ganado (bovino, porcino, equino,...) ni por las distintas actividades insertas en la vida campesina, el valle pudo generar una demanda de unas 2.400 UTAs lo que supone una densidad funcional de 3,6 UTAs por 100 hectáreas. El mapa que representa la carga global de trabajo resulta altamente expresivo (véase figura 6); quedan bien contratados los terrazgos cerealistas de la mitad septentrional del valle con densidades superiores a las 9 UTAs/100 ha, de las laderas de secano leñoso y fondos de regadío (7,5-8,5 UTAs/100 ha) y, sobre todo, del espacio forestal (0,5 UTAs/100 ha); en el primero y último se superponen los trabajos agrícolas y forestales, respectivamente, con la dedicación requerida por ovinos y caprinos que pastan en ellos.

Treinta años después la imagen del valle es bien distinta. El viejo sistema agrario se desmoronó; la emigración hizo mella en masías, aldeas y pueblos; el abandono, en suma, sustituyó un tiempo de pleno aprovechamiento, cuando no de sobrecarga. La pérdida funcional del valle, en suma, ha marcado el devenir de los últimos decenios, abriéndose una crisis de la que todavía no se vislumbra un restablecimiento saludable.

El cambio morfológico del paisaje trajo aparejado el cambio funcional. Aquel resulta bien palpable en la cubierta biofísica que ha sido cartografiada en el mapa de ocupación del suelo correspondiente a 1990¹¹ (véase figura 7). Los secanos herbáceos se conservan tan sólo sobre las parameras, habiendo descendido en un

73,3%. Olivares y garrobales son abandonados masivamente, mientras otras dos especies - avellanos y almendros- registran incrementos significativos; ello hace que la pérdida en extensión del secano leñoso tan sólo sea del 66,6%, cifra que, indudablemente, hubiera alcanzado niveles mucho más elevados. El regadío pierde cerca de 300 hectáreas, mientras el matorral sostiene su extensión, aunque no guarda el mismo emplazamiento, ya que colonizó tierras antaño labradas al mismo tiempo era invadido por el bosque. Éste casi duplicó su extensión, pasando de 15.300 ha a 29.500. En resumen, pues, el 90% del valle está ocupado hoy por tierras forestales, cifra que treinta años antes rondaba tan sólo el 65%¹² (véase cuadro 1 a 6).

Este cambio morfológico se vio acompañado por una crisis demográfica de gran envergadura. En el censo de 1991 son registrados tan sólo 4.357 habitantes lo que supuso la pérdida de 2/3 de los recursos demográficos anteriores¹³ y un incremento acusado del envejecimiento (35% de la población cuenta con más de 68 años). Las Unidades ganaderas, a pesar del repunte del porcino en determinados municipios, sufren una disminución del 27% y algo más de 1.600 explotaciones desaparecen entre los Censos Agrarios de 1962 y 1989¹⁴.

La transformación drástica de la arquitectura del paisaje y su base social supuso un cambio funcional del territorio de gran importancia.¹⁵ No más de 380 UTAs son requeridas por la actividad agrícola y ganadera (ovinos-caprinos) y los trabajos forestales; ello supone una pérdida cercana al 85% con respecto a mediados de siglo y situar la densidad

funcional del valle en 0,5 UTAs/100 ha. Esta disminución no es atribuible solamente a la aplicación tecnológica ni al cambio de orientación productiva, sino, y sobre todo, al desmantelamiento de la actividad agraria en el valle.

El mapa de "densidad funcional", correspondiente a 1990, resulta altamente expresivo (véase figura 8). Un 85% del territorio queda con menos de 1 UTA/100 ha. La pérdida ha sido muy ostensible en el secano herbáceo que de las 1.147 UTAs de 1956 pasa a requerir tan sólo 30; en el secano leñoso la disminución es menos ostensible (72%), mientras en el regadío se pasa de 57 a 17 UTAs. El espacio forestal soporta densidades bajas, habiendo pasado de 0,4 UTAs/100 ha en 1956 a 0,05 UTAs/100 ha en 1990. La ganadería ovina solicita aproximadamente la mitad del trabajo que hace 30 años, quedando cifrado el cómputo total en unas 80 UTAS que, teóricamente, nosotros distribuimos entre pastizales y los secanos herbáceos.

La mera superposición de los mapas de densidad funcional correspondientes a 1956 y 1990 nos permite hacer un primer balance de la dinámica acaecida. Cerca de la mitad del territorio experimenta una pérdida cercana o muy superior al 90% de la carga funcional (en el 17% del espacio se redujo hasta veinticinco veces). Las 20.684 ha que en 1956 soportaban más de 8 UTAs/100 ha (31,4% del valle) se ven reducidas a 3.346 lo que supone tan sólo un 5,2% de la extensión. La imagen resulta bien elocuente (véase figura 9). La parte oriental del valle y su tramo central se muestran especialmente sensibles al desarme, al igual que Espa-

dán; el ámbito con una afección menor, aunque, en todo caso, significativa coincide con las parameras de Cortes de Arenoso, Zucaina y Villahermosa del Río. En la figura 10 se expresan los flujos que subyacen para la generación de los mapas de densidad funcional correspondientes a 1950 y 1990, así como el de cruce entre ambos para la obtención del mapa de la dinámica de la densidad funcional.

Las razones de esta pérdida funcional, como antes se ha apuntado, no están relacionadas con procesos de intensificación tecnológica, ni por un mero cambio de orientación productiva hacia cultivos o aprovechamientos de más bajos requerimientos en mano de obra. Fue el abandono agrario, ostensible en los mapas de dinámica de la ocupación del suelo, quien acarrió esta fuga de presencia humana en el paisaje. La cubierta biofísica del suelo se *naturalizó*, perdiendo ese dibujo histórico que diversificaba funciones en el mosaico paisajístico. La relación entre el cambio de ocupación y la pérdida funcional es, por tanto, evidente.

Hemos creído conveniente realizar una aproximación más sintética, a nivel cartográfico, se puede realizar dentro del Sistema de Información Geográfica en el que estamos trabajando. Al superponer el mapa de dinámica/estabilidad de la ocupación del suelo con el de la dinámica de la densidad funcional se pueden encontrar los ajustes espaciales más precisos que muestren, de manera inequívoca, las afirmaciones que acabamos de hacer en el anterior párrafo (véase figura 11 y cuadros 7 a 9).

Entre las áreas de mayor pérdida funcio-

nal destacan las forestales dinámicas (31.238 ha) que registraron densidades inferiores a una décima parte en un 90% de las mismas; ello supone una afección espacial cercana al 50% del valle. Ello se explica, por un lado, por el abandono de unas 16.000 hectáreas agrícolas y su colonización por parte del pastizal/matorral (60%) o por el bosque (40%), y, por otro, por el desuso energético y pascícola de aquellas tierras que ya eran forestales hace tres decenios. Hay que señalar que la mayoría de esta superficie con pérdida acusada de densidad funcional queda emplazada sobre laderas de fuertes pendientes hecho que explica su precipitado abandono agrícola y su retorno a una cubierta que le es más propia.

El espacio forestal estable registró una descarga menor, quedándose a un tercio o una novena parte de la densidad registrada a mediados de siglo. Destacan al respecto los bosques y matorrales/pastizales en áreas muy accidentadas (cerca de 25.000 ha, lo que supone el 90% de este tipo de cubierta) que apenas son utilizados en la actualidad tanto en su faceta forestal productiva, estrictamente, como ganadera. Cabe destacar el conjunto de municipios que se asientan sobre las parameras septentrionales que mantienen una cabaña relativamente importante, hecho que incide en la presencia más significativa de un ámbito de menor descarga funcional (7.751 ha).

Los terrazgos agrícolas tienen un comportamiento diferente a tenor del tipo de ocupación. La mayor parte de ellos registran pérdidas sensibles a tenor de la mejora en aplicación tecnológica; se trata de tierras de cereal instaladas sobre las páramos y rellanos

del tercio septentrional del valle e incluso sobre laderas de cierta pendiente. El espacio agrícola menos afectado coincide con las transformaciones de antiguos labrantíos cerealistas en almendrales y campos de avellanos. En éstos la pérdida de densidad funcional es inferior a un tercio.

Realizar un juicio sobre esta dinámica funcional resulta, cuanto menos, altamente arriesgado a partir de la información que hasta ahora hemos suministrado a nivel cartográfico. Sólo el conocimiento directo nos permite "aventurarnos" por ese camino y completar así este primer diagnóstico global. Pensamos que un proceso claramente regresivo impregna aquellas tierras que mantienen su ocupación en condiciones adversas (básicamente, los labrantíos con pendientes superiores al 7%, espacios que se pueden calificar de "forzados") o bien aquellos que se abandonaron aun reuniendo condiciones para un mantenimiento o mejora productiva. La dinámica progresiva se concentró en los ámbitos forestales de gran accidentabilidad o bien en tierras agrícolas con marco topográfico más adecuado; en el primer caso, sin embargo, la caída brusca de la presencia humana ha traído como consecuencia la *naturalización* masiva con sus correspondientes riesgos; en el segundo caso, la coyuntura socioeconómica desfavorable vuelve estremadamente precarios estos terrazgos.

Esta apreciación un tanto maniquea y simplista esconde una gran complejidad de situaciones. Debajo de ese doble mundo, de apariencia contrapuesta, el problema es el mismo: la desaparición brusca de una civilización rural que sostuvo vivo un paisaje. En cualquier

caso, será imposible su comprensión sin atender a un marco general desde el que contemplar con mayor amplitud lo acontecido en un pequeño espacio que no es sino un ejemplo más dentro de ese mundo mediterráneo lleno de comportamientos contrapuestos.

En primer lugar, tres son las cuestiones previas que siempre deben estar presentes: la necesaria percepción global, el problema medioambiental y la perspectiva histórica (véase figura nº 12). En efecto, los procesos de modernización agraria y cambio de la estructura económica en el mundo mediterráneo trajeron como consecuencia ineludible la diferenciación neta entre áreas deprimidas y otras que podríamos denominar de "vanguardia". La segmentación territorial se acusó y los ámbitos diferentes pudieron aparentar mutua ignorancia. Esto no significa que la relación entre los territorios se interrumpiera, ni mucho menos que los problemas propios de cada uno puedan ser tratados sin una percepción globalizadora. La interferencia se produce necesariamente y la salud o enfermedad vivida por un ámbito incide en el otro. Dicho de otra manera, la atención a las áreas deprimidas, como es el caso del valle del Mijares, debe hacerse desde el horizonte macroregional y no tan sólo como caso aislado que mereciera tratamiento propio y ceñido a sus límites.

En segundo lugar, una cuestión previa al diagnóstico que tratamos de hacer sobre este ámbito tiene que ver con el medio ambiente. Éste estaba integrado en la etapa anterior a la crisis actual en los sistemas de aprovechamiento agrario y en la vida campesina, no necesariamente con un grado de afección negativo; la

alteración, que siempre se produjo, pudo hasta ensalzar su propia condición al "funcionalizarlo" de modo sostenible. La acción humana no puede equipararse a deterioro, ni el abandono de un espacio por parte del hombre supone siempre una recuperación. La *naturalización* de la que ya se ha hablado puede acarrear una pobreza por pérdida de legado histórico y esa función vitalizadora que el hombre imprimió al paisaje.

Por último, no nos parece correcto despojar la perspectiva histórica del juicio sobre la situación que actualmente vive un paisaje. En este sentido, resulta necesario reconstruir el inmediato pasado y contemplar el momento presente como un eslabón más del devenir histórico. El hombre es el que da continuidad y probablemente no acertaremos en las medidas correctoras que deban tomarse para atajar los problemas que vive un paisaje sin tener un conocimiento histórico del mismo.

Dicho esto, cabe ahora referir cuáles han sido las consecuencias de la pérdida funcional registrada en el valle del Mijares. Desde nuestro punto de vista, se pueden resumir en tres: desvertebración funcional, homogeneización paisajística y bipolarización económica (véase figura nº 15).

En efecto, la asignación de funciones diversas a cada uno de los terrazgos que constituyen los ámbitos de actuación de las comunidades rurales siempre se procuró realizar con el conocimiento empírico de las condiciones potenciales de los mismos. Sin caer en el tópico de que los sistemas tradicionales, su ordenación y costumbres fueron garantía de un aprovechamiento sostenible de los recursos, cosa que evidentemente no siempre fue así, sí que es

cierto que llegaron a "vertebrar" consistentemente el territorio.

El medio ambiente estaba inmerso en el propio sistema. Los procesos productivos guardaban ritmos acompasados a sus propias características agrológicas y aquellos reductos más relajados de uso, parecían mantener intacta la condición climática. El hombre estaba presente en cada una de las piezas que integraban el paisaje y no por ello quedó aniquilada la naturaleza, más bien ésta pareció adquirir, si cabe, un mayor esplendor. Ésta no quiere ser la visión idílica de un mundo sin problemas: las hambrunas se sucedían de tanto en tanto, la excesiva presión ganadera pudo degradar pastizales hasta su extenuación, la deforestación ocasionalmente avanzó inmisericorde ante la necesidad de procurar energía, etc. Estos hechos no invalidan, sin embargo, nuestra afirmación anterior.

Las exigencias de los nuevos sistemas agrarios, que desde comienzos de los años sesenta se harán cada vez más presentes en nuestras comarcas, no podían verse realizadas en aquellas regiones débiles y de precaria condición. La emigración se adueñó de ellas y el abandono tornó sin sentido aquella plurifuncionalidad. El resultado fue la desvertebración, la pérdida de aquel soporte seguro que sostuvo la vida de cada una de las piezas o terrazgos agrarios. Esta pérdida funcional fue acompañada de una acumulación de riesgos, desgraciadamente no siempre atajados a tiempo: incendios forestales, erosión, desertización...etc

La segunda de las consecuencias tiene para nosotros un especial valor. El paisaje rural es un legado histórico que nadie duda en encumbrar a la más alta consideración. La Comi-

sión Europea habla de patrimonio¹⁶, la UNESCO¹⁷ no ha dudado en declarar "paisajes culturales" los arrozales en terrazas de las cordilleras de Luzón (Filipinas) y son muchas las voces en la Comunidad de Madrid, por ejemplo, que proponen la declaración de Aranjuez como Paisaje de la Humanidad¹⁸.

El paisaje rural es el reflejo del pueblo que vive en íntima simbiosis con él; su diversidad, policromía y contraste nos hablan constantemente de la acción humana. La homogeneización vivida en los últimos años no puede ser sino un signo de empobrecimiento. Un mundo alejado cada vez más de los ámbitos de concentración demográfica y económica pareció adoptar "tintes naturales" que muchos no dudaron en "descubrir" como reductos de gran valor ambiental; la naturaleza crecida a espaldas del hombre tomó un marcado protagonismo ante la mirada urbana que no dudó en sobrevalorarla. Esta apreciación, sin consistencia científica, nos parece del todo equivocada. Las sobrecargas de uso en las diferentes piezas agrarias tuvieron una repercusión infinitamente menor que el desmantelamiento funcional que esas mismas piezas han sufrido en los últimos decenios. El precio pagado por el paisaje es considerable y lo más llamativo es la pobreza del "juicio urbano", incluso falta una seria reflexión que anteceda las medidas políticas que, vacilantes, quieren solucionar el "problema rural".

Por último, hemos hablado de bipolarización económica: las regiones ricas se erigen frente a las pobres. Sobre este aspecto son muchos los trabajos realizados por la Comisión Europea y toda una política regional llega a estructurarse para evitar, precisamente, la ten-

dencia imparable del desequilibrio económico y social. Las comarcas rurales, deprimidas hoy en día, no pudieron hacer frente entonces a una desafiante reconversión, que exigió la emigración de los jóvenes y el sacrificio de su progreso. Fueron más las debilidades que las fortalezas y su precaria relación con las comarcas de mejor condición se tornó en un masivo movimiento migratorio hacia ellas. Despoblamiento y envejecimiento demográfico quedaron como notas características de estos ámbitos rurales pobres. Los problemas no fueron menores en los centros de atracción, aunque de matiz muy diferente. En cualquier caso, dos polos enfrentados, más que complementarios, desequilibraron el territorio hasta límites enfermizos.

II.- EN BUSCA DE UN NUEVO EQUILIBRIO

La comunidad científica, los organismos responsables de la gestión territorial y la propia sociedad no han quedado indiferentes ante los problemas referidos. Un verdadero movimiento institucional enarbola la bandera de la conservación del paisaje, su recuperación y sostenimiento. La propia Unión Europea, por citar tan sólo uno de los organismos políticos más significativos, ha mostrado un renovado interés desde comienzos de la década de los ochenta, concretando sus actuaciones en una serie de directivas y dedicación presupuestaria muy importantes. Ni el articulado del Tratado de Roma, ni en el desarrollo de la Política Agraria de los años sesenta y bien entrados los setenta, concretada en la creación de las Organizaciones Comunes de Mercado y en la Política estructural, se hace mención a los temas ambientales y paisajísticos.

Sin embargo, ante la dinámica acaecida y la nueva sensibilización social, no tardó la Comisión Europea en reaccionar, sucediéndose desde 1981 una serie de informes, reformas y medidas que alertaron e intentaron poner remedio a la nueva situación creada¹⁹. La perspectiva paisajística estará presente en todo plan de actuación diseñado para el mundo rural; no resultarán extrañas ya afirmaciones como la que la propia Comisión hiciera en el Libro Verde: "La necesidad de mantener un tejido social en las regiones rurales, conservar el medio natural y salvaguardar el paisaje creado a lo largo de dos milenios de agricultura son motivos determinantes en la elección que la sociedad hace en favor de una Europa Verde que, al mismo tiempo que protege el empleo en la agricultura, sirva los intereses a lo largo plazo de todos los ciudadanos europeos"²⁰.

Las áreas rurales de más difícil condición en las regiones mediterráneas -entre las que se cuenta el valle del Mijares- quedan hoy ante las puertas de una nueva "revolución". Al desplome del viejo sistema agrario le sucede hoy la urgencia de vivir una nueva transformación, no exenta de riesgos e incoherencias. Las exigencias, que siempre fueron duras para una tierra bien generosa, se vuelven hoy más acuciantes. A ello se une una perspectiva más globalizadora, al ganar en extensión las implicaciones y efectos potenciales de las medidas correctoras, y un vuelco en la primacía funcional, al verse desposeídas estas áreas rurales de su función productiva. El interés ambiental, la conservación del paisaje, la atribución de nuevas funciones (recreativas y ecológicas, básicamente) y el fomento de la calidad presiden ese

nuevo marco en el que se producen hoy las decisiones que inciden de manera importante en el ámbito rural

¿La cercanía en el tiempo de estas dos "revoluciones"- la que hizo desaparecer los viejos sistemas tradicionales y la que ahora propicia una nueva configuración al mundo rural- puede suponer un cierto handicap para que el campo las asimile debidamente?; ¿concurren las circunstancias idóneas para que el "nuevo cambio" se opere sin traumas?; ¿resulta justa y coherente la "nueva solicitud" que recibe hoy el campo?. La situación por la que atraviesan estas áreas rurales deprimidas invita a hacerse estas y otras muchas preguntas.

El paisaje rural vive momentos de incertidumbre. Una cierta incoherencia parece haberse instalado frente a él, demandándole firmeza en la conservación, al mismo tiempo que esa misma sociedad no termina de ser lo suficientemente justa y generosa con él. Se desea un paisaje vivo, plétórico funcionalmente, pero no se dotan los recursos financieros necesarios; se pide mantenimiento de la actividad campesina y, al mismo tiempo, se la vacía de contenido económico-productivo; se alega el valor histórico del paisaje, al tiempo que el mundo rural parece tomar perfiles museísticos.

La solución no parece fácil. Nosotros vamos a diseñar un marco de actuación en el que distinguimos un sustrato común y tres tipos de circunstancias que necesariamente deben acompañar al proceso de toma de medidas en aras a la plena funcionalización del paisaje (véase figura nº 13)²¹. El "factor humano", una expresión de los teóricos de la economía no del todo afortunada, constituye el elemento esencial

que anima cada una de las circunstancias a las que más tarde nos referimos y que anteriormente hemos calificado de "sustrato común". Cada medida política, cada acción que se ponga en marcha, cada inversión económica debe encontrar la respuesta debida en grupos humanos bien formados profesionalmente. Por eso, la primera de las batallas a ganar es la de la formación. Cuánto mejor sea ésta, más asegurada está la eficacia de las medidas. En palabras del Ministro de Agricultura de Alemania "una población local cualificada y emprendedora"²² es lo que se necesita como primera condición para la puesta en marcha de políticas de desarrollo rural, si por tal entendemos un equilibrio entre la necesaria mejora del bienestar y el sostenimiento de un paisaje rural vivo.

Dicho esto, vamos a referirnos a aquella triple característica, antes aludida, y que no puede soslayarse de la solicitud actual hacia el mundo rural: estructura demográfica equilibrada y rejuvenecida, integración económica y difusión del conocimiento del mundo rural. En efecto, las bajas densidades demográficas (6 habitantes/Km² en el valle del Mijares) y una estructura desmesuradamente envejecida (más de un tercio de la población con más de 65 años) no son la mejor de las condiciones para el desarrollo de áreas rurales de por sí ya débiles. Las políticas de mantenimiento y reconstrucción de la actividad rural se vuelven inoperantes. El rejuvenecimiento se impone con el fin de ir mitigando esa pirámide demográfica desequilibrada con graves síntomas de senilidad. Sólo alicientes como la posibilidad de encontrar empleo, la mayor facilidad en el acceso a los servicios y el aumento de bienestar, pueden

devolver a estos ámbitos, hoy relegados, una posibilidad de retener población, e incluso un cierto poder de atracción.

La segunda de las circunstancias la hemos denominado "integración económica". Esta debe producirse, al menos, desde una doble perspectiva -productiva y recreativa - y siempre en un contexto de valoración positiva del medio ambiente y el paisaje. El debate abierto en torno a la mitigación productiva del mundo rural nos parece del todo interesante. Desde la Unión Europea el esfuerzo es sostenido por rebajar los niveles productivos; la potente tecnología hace previsible, sin embargo, su aumento, mientras que el consumo crece a un ritmo muy inferior. Añádase a ello la creciente dependencia financiera de las explotaciones agrarias y el mejor posicionamiento que gozan los terceros países respecto a su capacidad de producir a precios muy inferiores. El desafío no es pequeño, ¿Cómo va a ser posible dotar de la energía necesaria a las áreas rurales deprimidas sin mantener en condiciones idóneas su capacidad productiva?. Nuestra medida no está en la cantidad, ni siquiera tan sólo en la mejora de las condiciones económicas de la producción. Nuestro objetivo debe ser la calidad y el fomento del consumo de los propios productos del país por parte de una población que hasta ahora los desconoce. Una actividad agraria embebida de métodos naturales debe sustituir, decididamente, a otra que con tintes más agresivos se ha impuesto en las áreas de vanguardia y tiene manifestaciones puntuales por doquier.

La función recreativa del mundo rural ha sido encumbrada. Desde los primeros avisos de la Comisión Europea acerca de los problemas

de la agricultura, hace ya más de veinticinco años, hasta las recientes manifestaciones en Cork²³ sobre nuevas iniciativas en este sentido, la tendencia ha sido creciente. Es indudable que el entorno rural ejerce una atracción cada vez mayor a los habitantes de las ciudades; es lógico que así sea. Son numerosos los planes de acción que ayudan a revitalizar casas, mesones y albergues. Esta es una función, por otra parte no tan "nueva" como se la denomina, que puede llegar a ser muy importante, pero nunca decisiva. En efecto, el turismo rural debe contemplarse como complemento de la actividad agraria productiva antes aludida. Es más, el verdadero sentido de ese tipo de recreo está en su integración en un mundo rural vivo.

Un tercer bloque de condiciones para "desenclavar" estas áreas rurales deprimidas es el conocimiento foráneo que de ellas se tenga. Ello debe facilitarse por la publicidad y los buenos accesos viales. Las funciones productiva y recreativa, bien ensambladas, tendrán respuesta en los ámbitos de fuerte concentración demográfica si los accesos físicos son adecuados y los medios de difusión llegan a las poblaciones allí asentadas.

CONCLUSIÓN

En este trabajo hemos querido abordar una de las cuestiones clave de la vida del paisaje: su función. Lo hemos hecho desde la perspectiva cartográfica entendiendo que el cambio funcional siempre va unido indisolublemente a cualquier transformación morfológica del paisaje.

Partimos de una primera idea bien conocida: **nuestro paisaje, y más en concreto**

el rural, está fuertemente humanizado. Esta afirmación tan obvia encierra implicaciones decisivas en orden a su función. El trabajo humano estampó su huella en el corazón mismo del paisaje, haciendo "funcionar" coherentemente cada pieza del complejo mosaico. Por lo tanto, de alguna manera, la función resulta inherente a la carga humana. La propia potencia y energía del medio natural quedó encauzada por el quehacer de los grupos humanos, manteniéndose en equilibrio inestable, que unas veces terminó por hacer crisis (momentos de sobrecarga y sobreexplotación), y las más vivió en plena coherencia.

La dificultad de expresar cartográficamente la función del paisaje no queda despejada con el ensayo que aquí hemos realizado. La densidad funcional (UTAS/100 ha) es un concepto que puede resultar válido en determinadas ocasiones; notablemente en aquellas áreas de fuerte despoblamiento y abandono agrario se revela como extremadamente expresivo. En estas zonas, éste es nuestro caso -el valle del Mijares-, puede resultar altamente interesante nuestro desafío: demostrar que **la pérdida de densidad funcional denota la entrada del paisaje en una fase crítica que, puntualmente, puede llegar a tener efectos regresivos.**

El desmantelamiento funcional del paisaje rural no es sustituido con facilidad por nuevas situaciones de recambio. Además, la pérdida del legado histórico y modos de vida rurales resulta preocupante ante la sociedad, en general, los responsables políticos y la comunidad científica. Una simple "naturalización" del paisaje o, por el contrario, su conservación "museística" no resuelven el problema. Ello nos

lleva a formular las condiciones óptimas para la salida de esta crisis: **la función económica, en términos sostenibles, resulta indisociable de la función saludablemente vitalizadora que todo paisaje rural debe poseer.**

Los esfuerzos por mantener vivo el paisaje rural de las áreas deprimidas son enormes. Los programas comunitarios no cejan en su empeño y hoy son cuantiosos los presupuesto dedicados a tal fin. Desde nuestro punto de vista, el éxito sólo cabe esperarlo si, amén del "factor humano", el campo cuenta con los recursos demográficos suficientes, la capacidad productiva en auge y una difusión del conocimiento de sus propias características a una población urbana cada día más alejada del mundo rural.

Los requerimientos actuales hacia el paisaje rural son, en cierto modo "nuevos". Su **función recreativa** y la nada bien definida **función ecológica** parecen regir las iniciativas y las actuaciones. Bien es sabido que el campo siempre albergó una población de recreo y su capacidad para atraer gentes necesitadas de descanso ha sido secular; también es conocido que la plenitud de la función ecológica era perfectamente compatible con un sistema agrario tradicional que supo guardar, las más de las veces, el equilibrio deseado. No son tan nuevas, por lo tanto, esas dos funciones que hoy están en alza. La novedad estriba, sin embargo, en las circunstancias de nuestro mundo actual y los modos de comportamiento social.

En efecto, nueva es la situación de nuestras comarcas, sobre todo las deprimidas, en el contexto europeo y mundial. La apertura a un marco supranacional e internacional hace especialmente sensibles los procesos locales; la debilidad se torna extremadamente quebradiza y la capacidad de reacción es precaria. **Abrir un debate entre la opción productivista y conservacionista para un mundo rural en crisis no es la mejor de las opciones. Incitar a la desvitalización productiva, por un lado, y propugnar, por otro, medidas de reorientación del paisaje hacia esas "nuevas funciones", resulta, cuanto menos, incoherente.**

Nuestro paisaje está asediado por una doble fuerza: la que lleva a la admiración y disfrute por parte de una población creciente, por un lado, y la que tiende a desvitalizarlo por sangría imparable de población y capacidad productiva, por otro. No es la primera vez en la historia que se debate entre la vida y la muerte. Siempre tuvo la fuerza suficiente para recomponer sus piezas y estamos seguros que el ingenio humano sabrá atender este nuevo desafío.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- 1.. GONZÁLEZ BERNÁLDEZ, . (1981). Ecología del paisaje. Ed. Blume, Madrid, 250 p.
- 2.. HUMBOLDT, A.V. (1874). El Cosmos. Ensayo de una descripción física del mundo. Impr. Gaspar y Roig, Madrid, 4 vols.
- 3.. TERÁN ÁLVAREZ, M. de (1967). La Tierra. Tomo 1, Ed. Salvat, Barcelona
- 4.. A este respecto, cabría mencionar aquí el notable valor científico de la escuela genética del paisaje que, mediante la reconstrucción histórica contribuye decisivamente a su mejor comprensión.
- 5.. Entre muchos trabajos cabe recordar uno modélico en el que se puede entrever esa magistral simbiosis entre los grupos humanos y el medio. GARCÍA FERNÁNDEZ, j. (1975). Organización del Espacio y Economía Rural en la España Atlántica, siglo XXI, Madrid, 332 p.
- 6.. Para tener una información más exhaustiva ver SANCHO COMÍNS, J. (1990). Itinerarios por el valle del Mijares, Caja Rural y Universidad de Alcalá, 182 p.
- 7.. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1961). Censo de la Población 1960. Madrid
- 8.. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y MINISTERIO DE AGRICULTURA (1964). Primer Censo Agrario. 1962. Provincia de Castellón. Cuadernos Provinciales, Madrid, 70 p.
- 9.. SERVICIO GEOGRÁFICO DEL EJÉRCITO. Vuelo Nacional 1956. Escala aproximada 1:33.000. 64 fotogramas de las hojas del MTN núms. 591, 592, 614, 615 y 640.
- 10.. La equivalencia en horas trabajo para el sostenimiento de los grandes tipos de aprovechamientos a mediados de siglo son los siguientes: Secano herbáceo (200 horas/ha/año); secano leñoso (190 horas/ha/año); regadío (160 horas/ha/año); ganado ovino-caprino (1 UTA por 115 cabezas); espacio forestal (4 UTAs/1000ha/año). Los datos fueron obtenidos por encuesta rural en el propio valle.
- 11.. El mapa de ocupación del suelo se elaboró a partir de la fotointerpretación de los fotogramas del vuelo que en 1985 realizó el Instituto Geográfico Nacional a escala aproximada 1:30.000 y la imagen TM del satélite LANDSAT en falso color (4-3-2) de 14-1-86
- 12.. El análisis cartográfico se realizó en un Sistema de Información Geográfica ráster. EASTMAN (1992), Idrisi, Clark University
- 13.. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1992). Censo de la población (1991), Madrid
- 14.. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA Y MINISTERIO DE AGRICULTURA (1991). Censo Agrario 1989. Provincia de Castellón. Resultados Comarcales y Municipales. Madrid, 122 p.
- 15.. El cómputo de Unidades Trabajo Año se efectuó según cálculo de los tiempos requeridos por las diversas labores agrícolas, ganaderas y forestales, que a finales de la anterior década eran las siguientes: secano herbáceo (20 h/ha/año);

secano leñoso (160 h/ha/año); regadío (70 h/ha/año); ganado ovino-caprino (1 UTA por 115 cabezas); espacio forestal (0,5 UTA/1000 ha)

16.. COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS (1985) Perspectives de la Politique Agricole Commune, Bruselas, 61 p.

17.. WILLIAMS, Sue (1996) Paisajes culturales. ¿Ha dicho usted Natural?. *Revista Fuentes*. UNESCO.

18.. MADRID, BOLETÍN AGRARIO (1997). Comunidad de Madrid, nº 2/3 Enero, p.5

19.. COMMISSION DE LAS COMMUNAUTÉS EUROPÉENES (1981), Réflexions sur la politique agricole commune (Communication de la Commission au Conseil de 8 de Noviembre de 1980), Luxemburgo, 34 p. Bulletin des Communautés Européennes, Supplément 6/80. - Perspectives de la politique agricole commune, (1985), Bruselas, 61 p. COM (85) 333 final. - L'avenir du monde rural, (1988), Bruselas, 71 p. COM (88) 501 final de 29 de Julio. - Orientations pour l'agriculture europeenne, (1981), Bruselas, 40 p. COM (81) 608 final de 23 de Octubre.

20.. COMMISSION DE LAS COMMUNAUTÉS EUROPÉENES (1985, Perspectives de la politique agricole commune, Bruselas, 61 p. COM (85) 333 final

21.. En tres trabajos anteriores hemos reflexionado sobre este desafío. Lo que a continuación sigue resume, en parte, lo dicho en ellos: citar los tres (Jaca, AGEN, Homenaje Vilá).

22.. BORCHERT, J (1993) LEADER Magazine nº 3, p.4

23.. "Un medio rural vivo". Conferencia Europea sobre Desarrollo Rural, 7-9 de Noviembre de 1996, Irlanda, Rev. LEADER II Magazine, nº 13, invierno 97.

Terminada la exposición del Dr. Sancho, tuvo lugar un ágil coloquio, del que extractamos las siguientes intervenciones:

Ramón Lorenzo hizo una reflexión sobre el gran interés que tiene la interpretación que hay detrás de cada mapa. La cartografía es un elemento insustituible para referenciar hechos y ver el territorio en relación con lo que sucede sobre él.

Andrés Precado señaló que la reflexión planteada al final coincide con lo que en la mesa redonda pensaba desarrollar ampliamente. El debate de nuevos usos le recordaba al de rehabilitación de núcleos históricos de ciudades, en donde la población rechaza las proposiciones teóricas (caso del urbanismo de Bolonia con exceso de intervención histórica e ideológica en el espacio urbano).

El territorio es el soporte de los procesos y refleja sus cambios. Pero su organización no debe ser estática, ha de cambiar según cambian los procesos. Es el gran problema. En determinadas zonas de Galicia hay una media de 200 incendios diarios por diversos motivos, mientras en otras carecen de incendios, precisamente allí donde el bosque se respeta porque se usa (es medio de vida). Hay que adecuar políticas de mantenimiento del paisaje y demandas de la población para evitar desequilibrios.

A la pregunta de D^a Pilar Martín sobre el modo más idóneo de intervención, contestó el Dr. Sancho en los siguientes términos: "La intervención de las políticas territoriales parece inevitable, pero éstas no deben colisionar con lo que quieren los habitantes que viven del y en el paisaje-territorio. Las medidas de intervención deben estar bien elaboradas, sin ser ajenas a quienes van a participar (participación social) de esas soluciones. Si en las parameras de producción de porcino las medidas de intervención son contrarias al progreso, según lo entienden sus habitantes, es lógico que se produzca un claro desajuste. De hecho, ya se ha producido la consagración de un riesgo: la despoblación.

El profesor Gómez Sal insistió sobre la idea de paisaje como patrimonio; ésta debe ser lo suficientemente fuerte como para prevalecer y evitar la tragedia del desmoronamiento: el turismo rural, plantas aromáticas, etc., no pueden ser la solución a una crisis tan profunda. Estoy de acuerdo con lo que se ha dicho, acerca de comparar el paisaje al núcleo histórico de las ciudades.

Andrés Precado hizo alusión a algún ejemplo de Galicia sobre este problema y señaló al respecto: "Sobre la conservación del paisaje como bien cultural, hay un ejemplo esclarecedor: en el Valle del Sil había un escalonamiento en terrazas que era espectacular, pero la población no estaba dispuesta a conservarlo (¿para qué?). Pero, por iniciativa local se revalorizó el vino de la zona (precio por encima del de mercado) y como consecuencia ellos ya han abierto los caminos y recuperado los banales: ahora funciona". El propio profesor Precado abundó en la reflexión en los siguientes términos: "Aquí se plantea el modelo económico global de crecimiento. Con ese modelo no es posible la recuperación, pero tal vez ese modelo no es el único. Por tanto, hay que adoptar estrategias de desconcentración, hoy posibles por las nuevas tecnologías, y pasar de la estrategia metropolitana a la de pequeñas ciudades y otros modelos de empresa, acabando con la dicotomía entre rural y urbano. Hay que replantear el modelo de crecimiento, pues puede funcionar si hay un mínimo de capacidad de respuesta. Pero debe haber apoyos a esas iniciativas para que no sean algo excepcional, aunque reconozco que hay bastantes: 467 proyectos puestos en marcha por nosotros en ámbito rural, con resultados interesantes. Debe haber una política global de desarrollo. Un ejemplo es la concentración urbana en países en vías de desarrollo, con personas pobres más vulnerables que las rurales: la única solución es la estrategia de pequeñas ciudades, con desarrollo local, que fijen la población y eviten las grandes aglomeraciones".

Figura 1

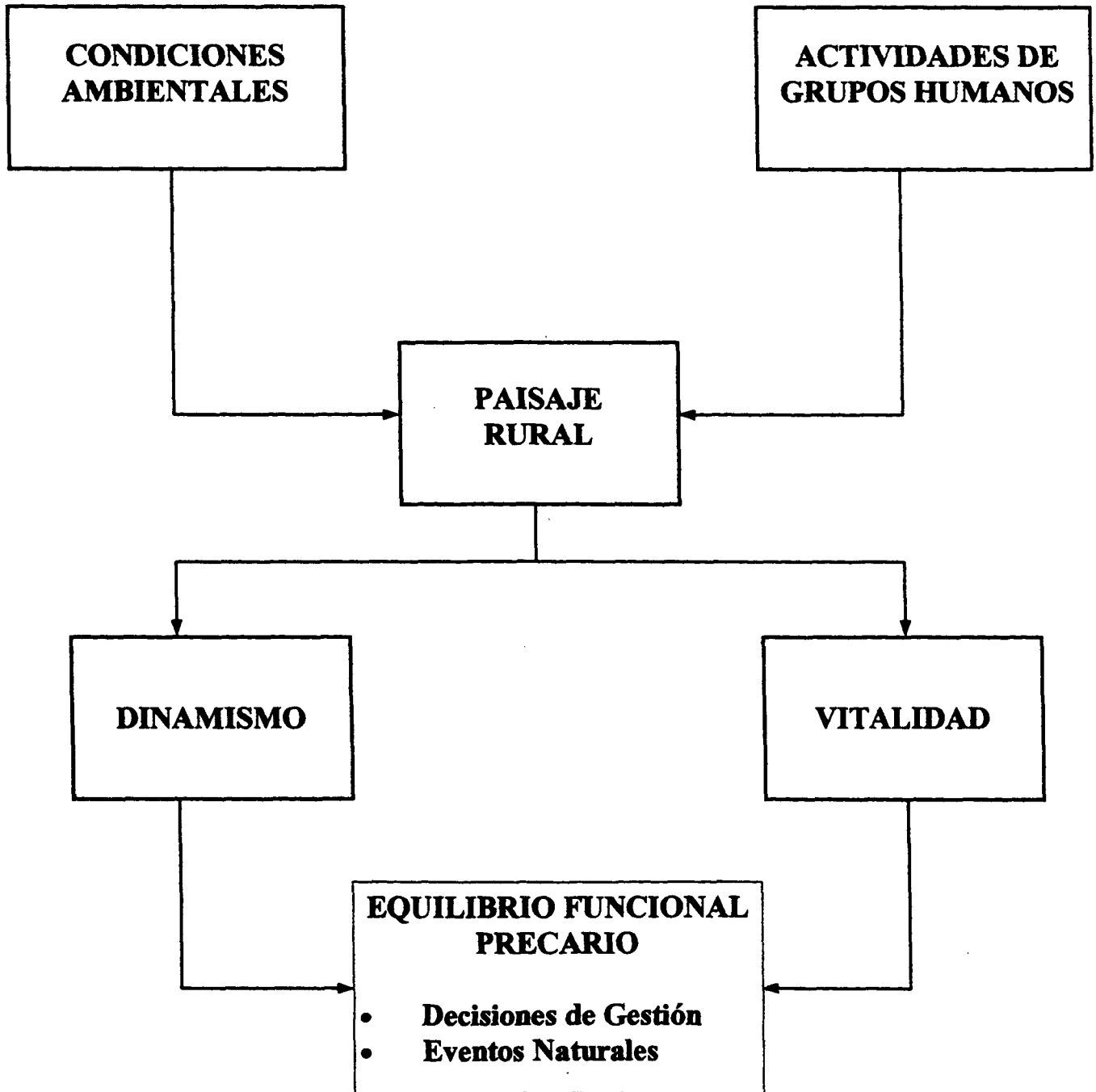




Fig. 2

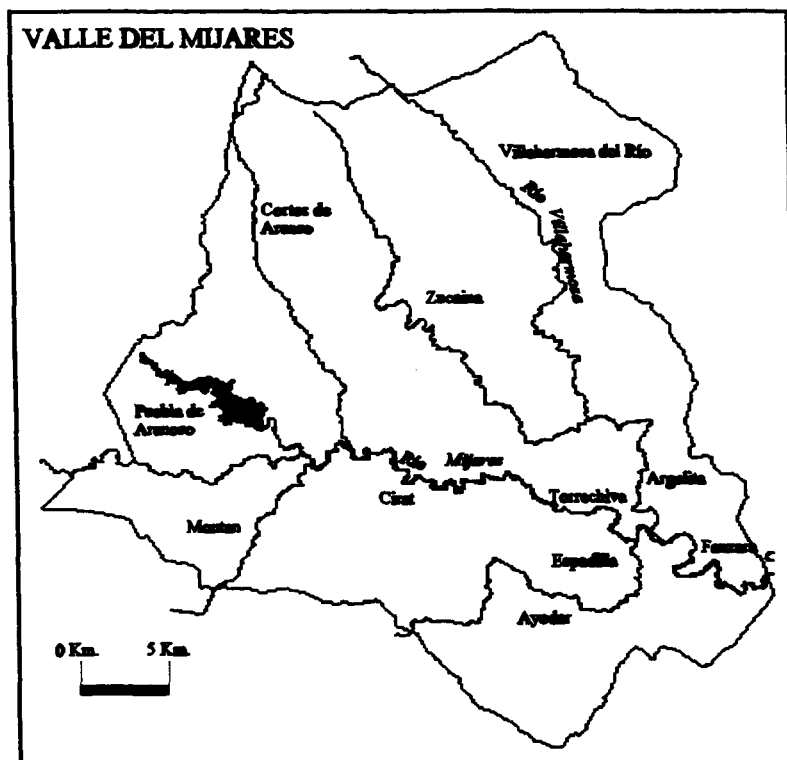
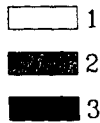
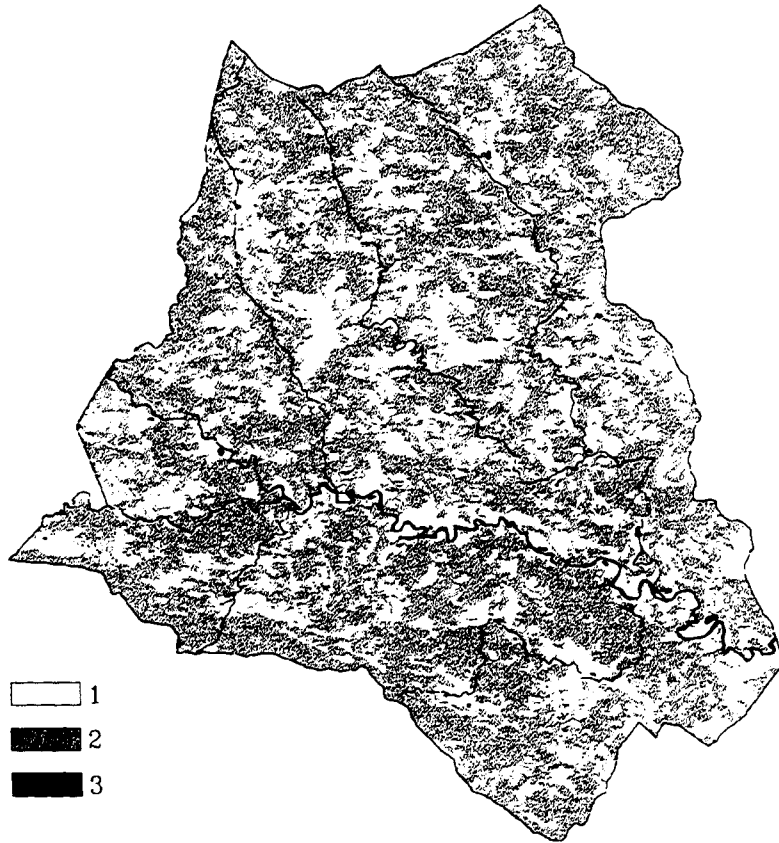


Fig. 3

Ocupación del suelo. 1956

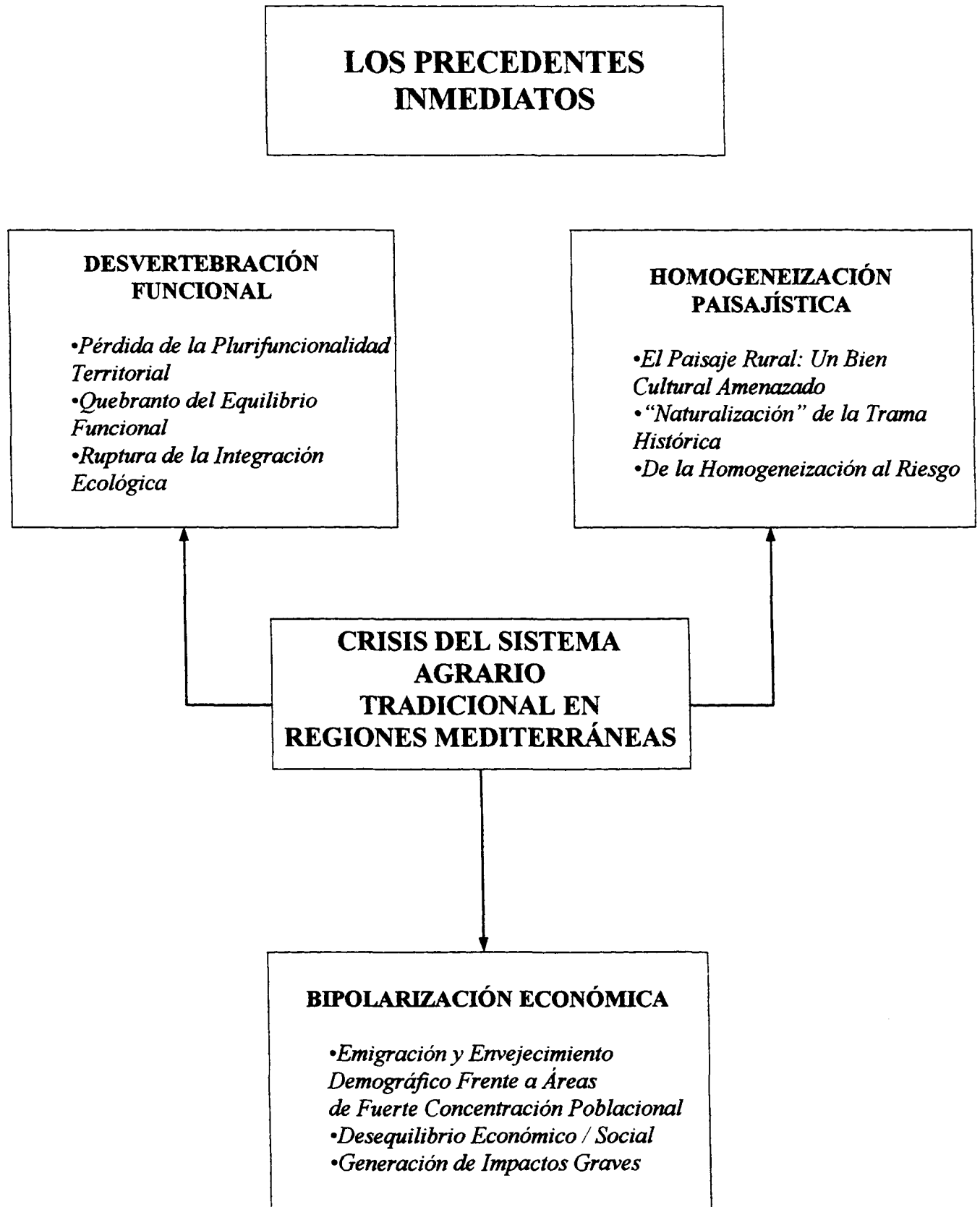


0 5 Km

- 1.- Espacios agrícolas.
- 2.- Espacios forestales.
- 3.- Núcleos urbanos y ríos.

Fig. 4

Figura 5



UTAs globales / 100 ha. 1956

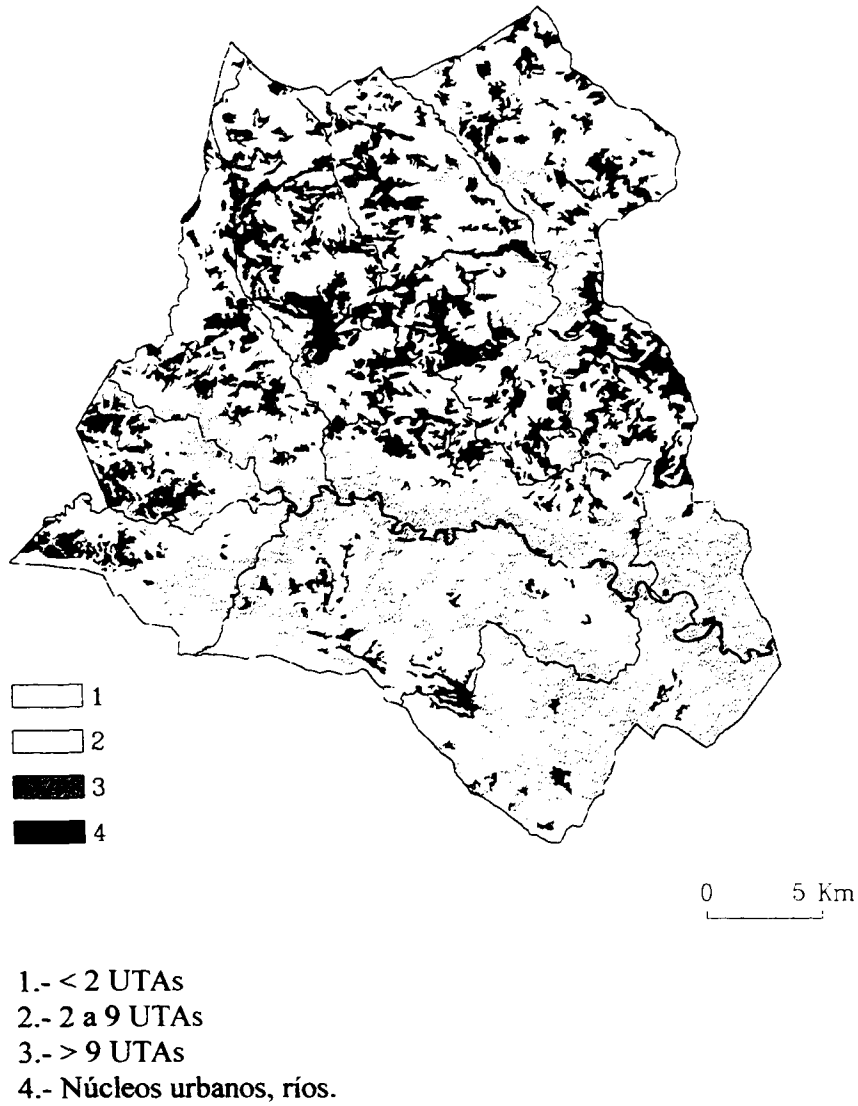


Fig. 6

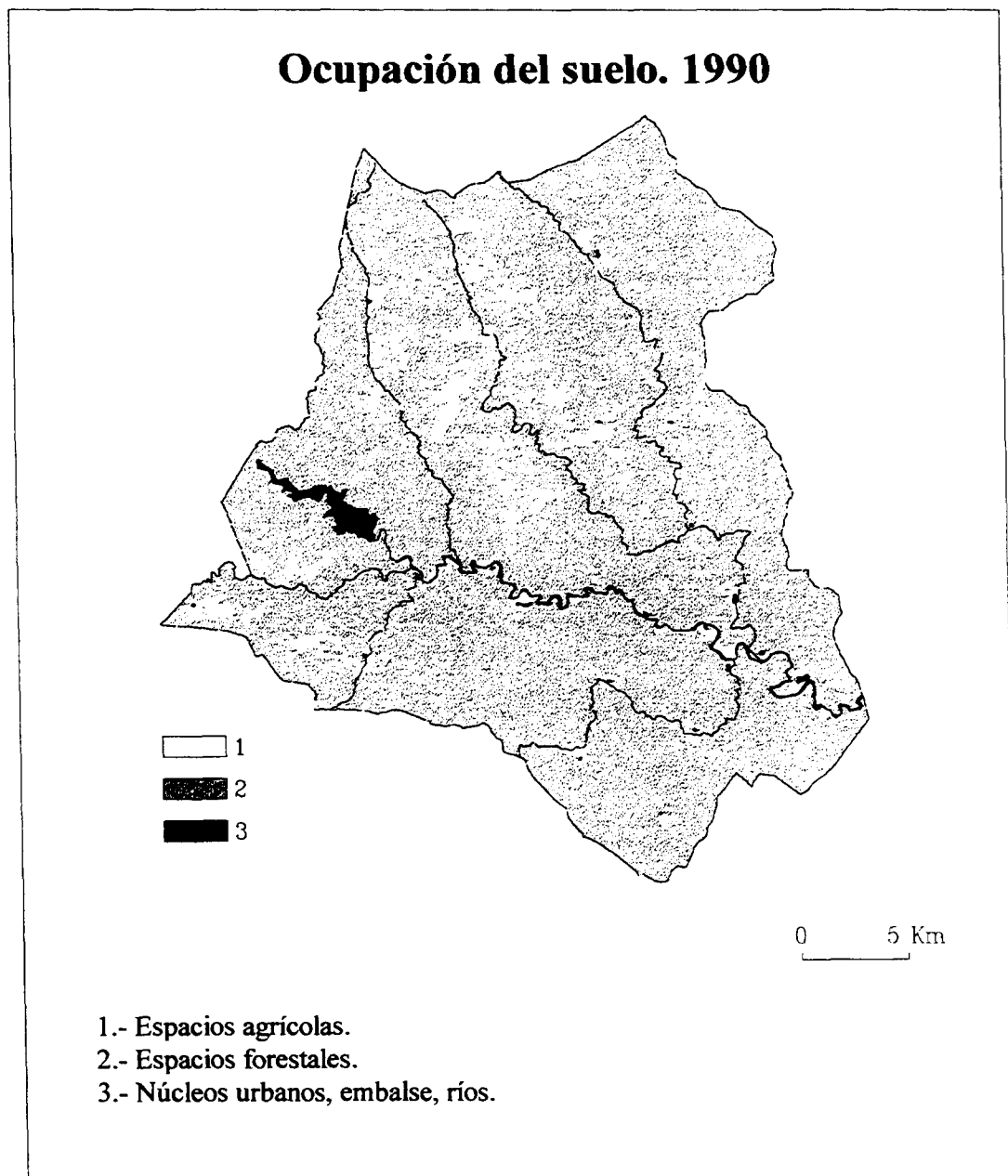
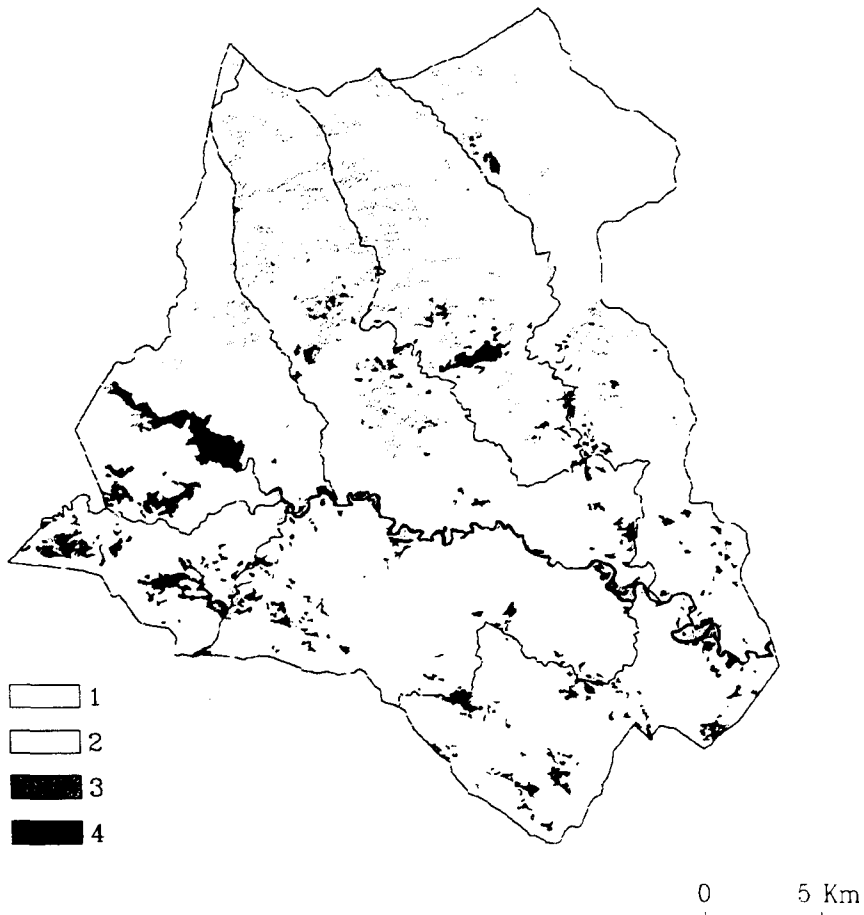


Fig. 7

UTAs globales / 100 ha. 1990



- 1.- < 1 UTAs.
- 2.- 1 a 7 UTAs.
- 3.- > 7 UTAs.
- 4.- Núcleos urbanos, embalse, ríos.

Fig. 8

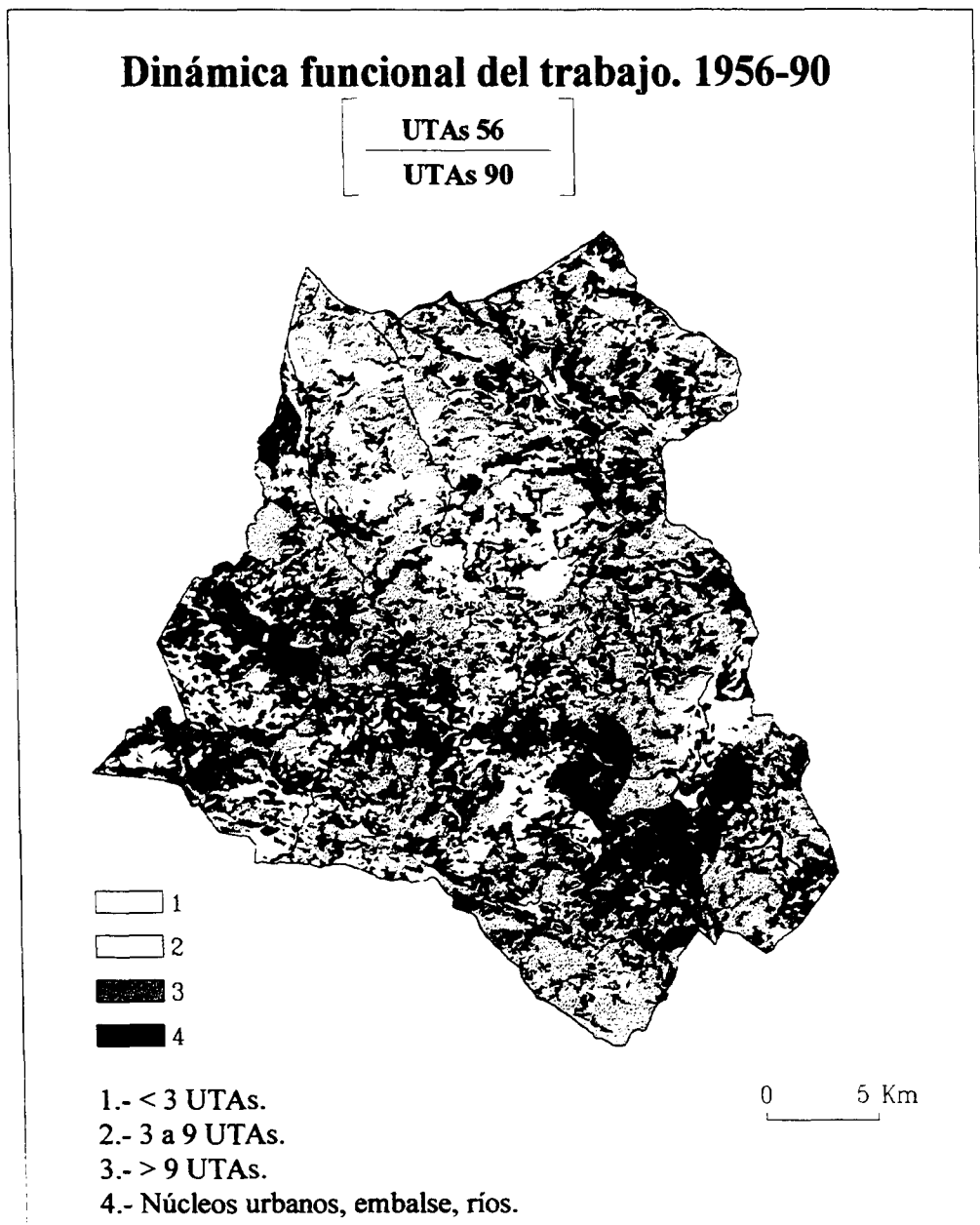
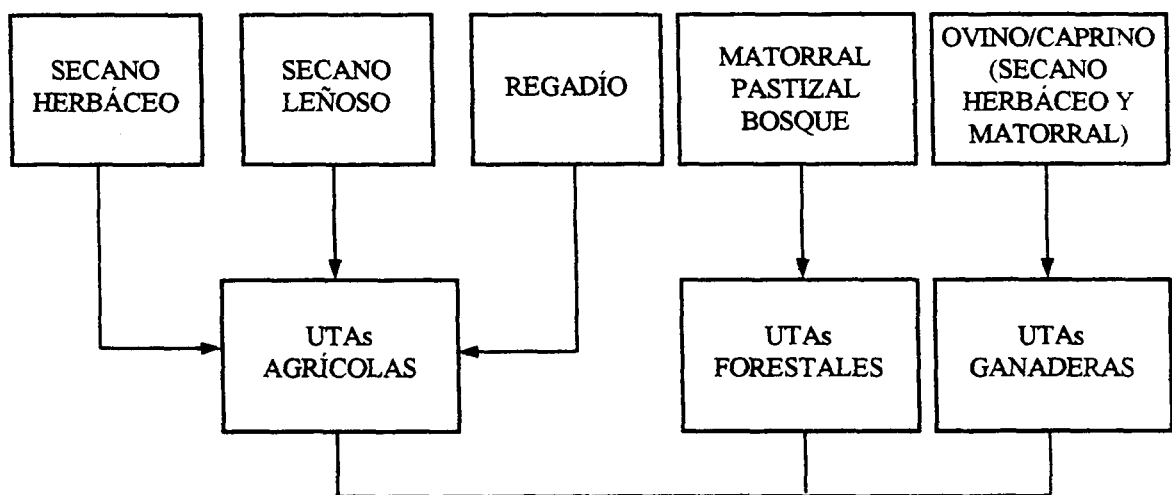


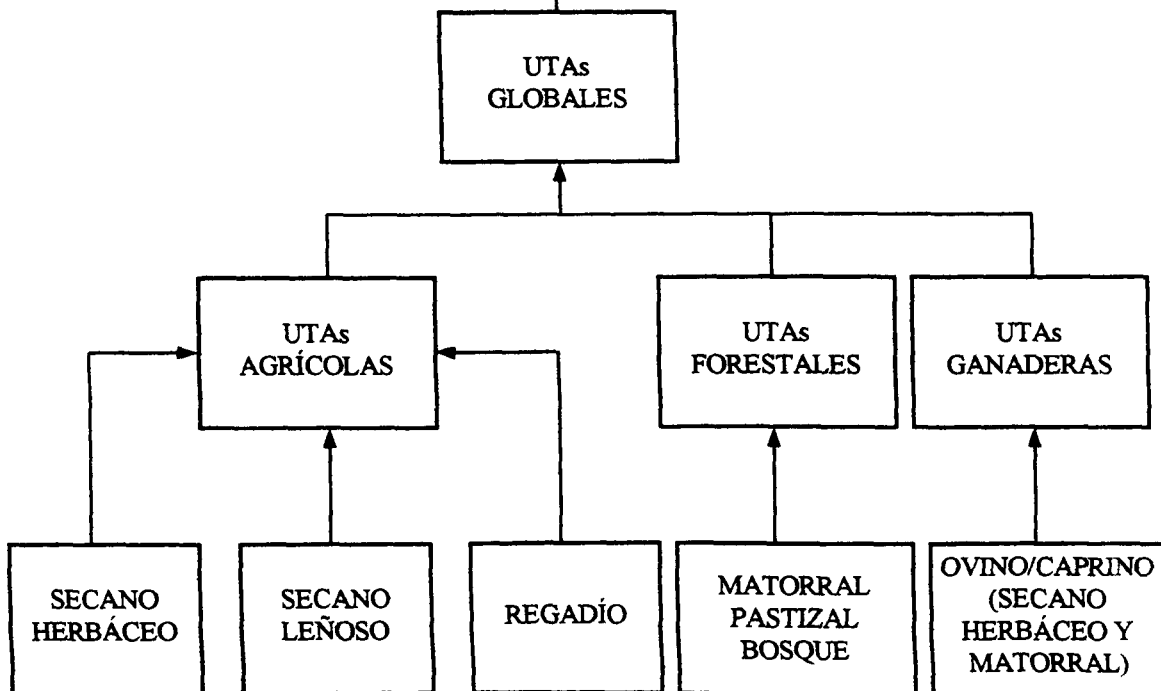
Fig. 9

Figura 10

1956



**DINÁMICA DENSIDAD
FUNCIONAL DEL TRABAJO**



1990

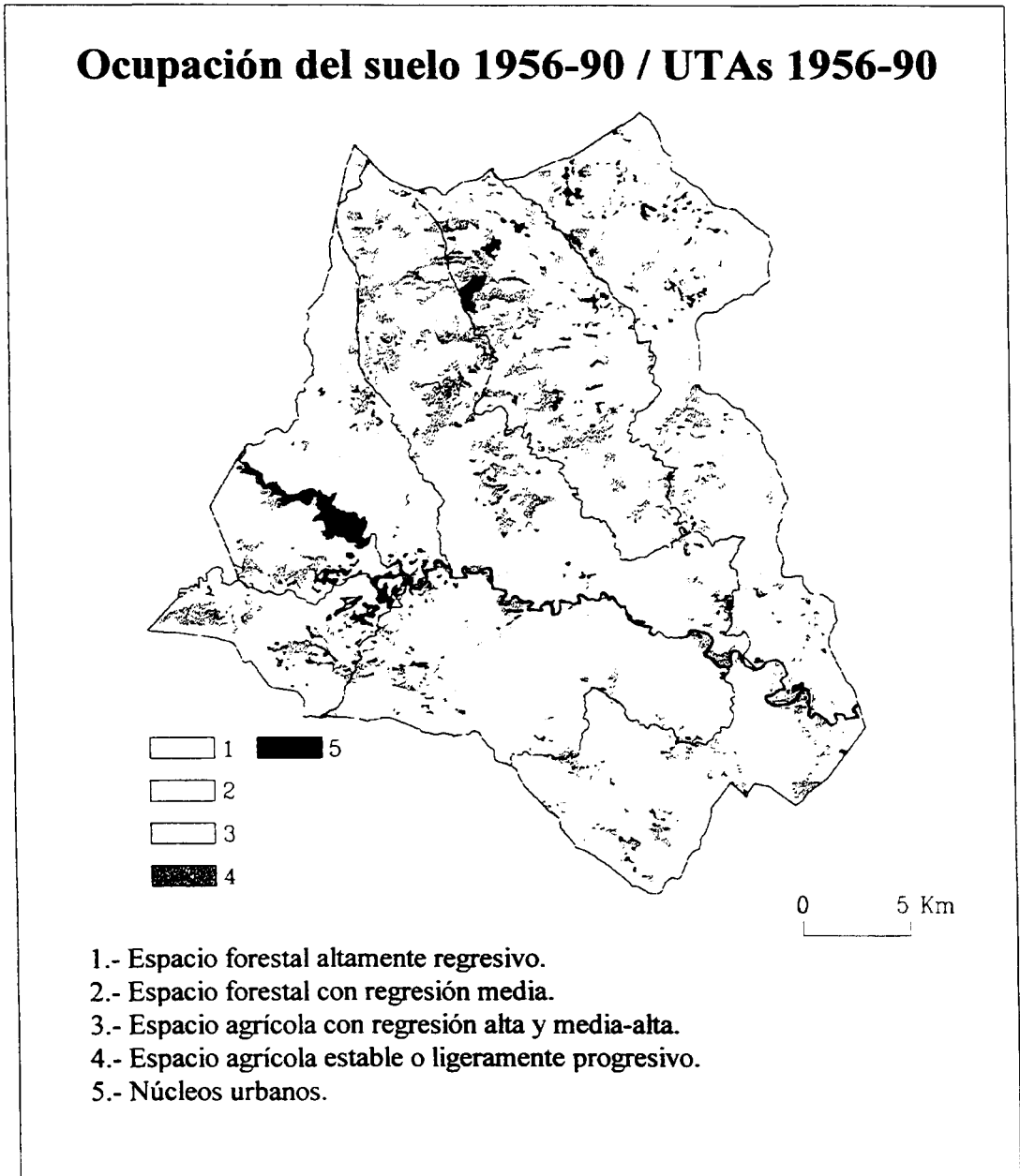


Fig. 11

Figura 12

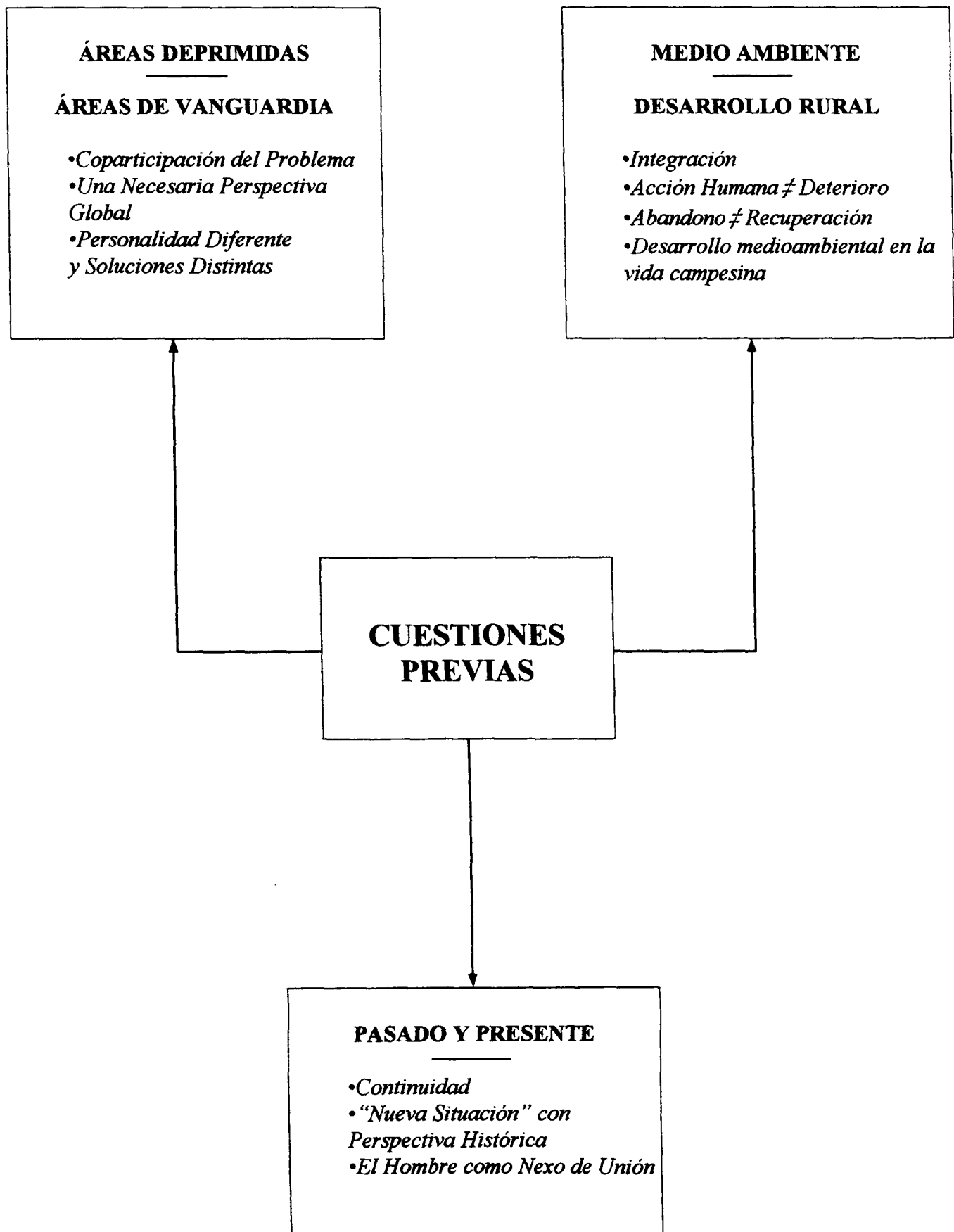
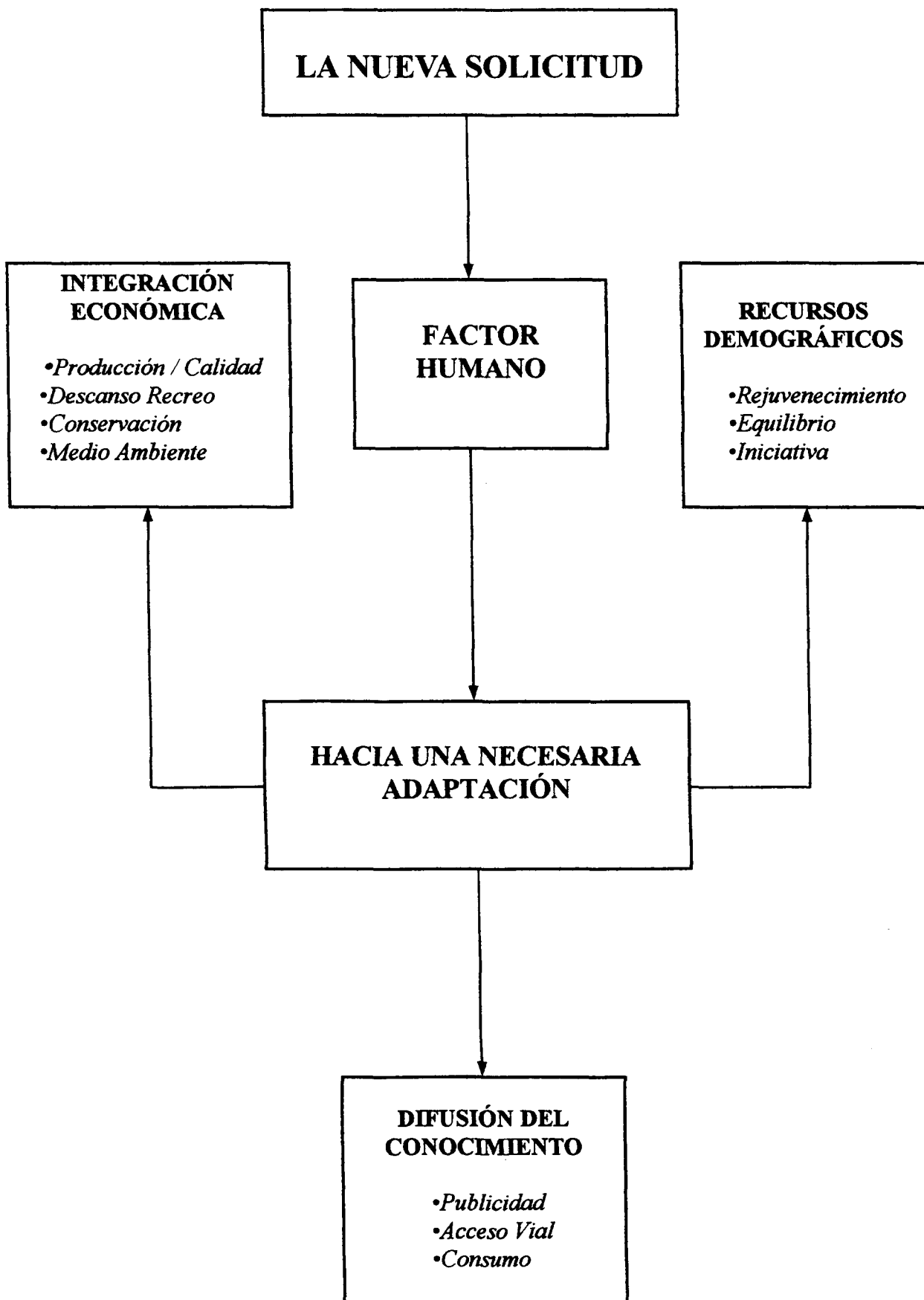


Figura 13



CUADRO N° 1
OCUPACIÓN DEL SUELO.

	<i>1956</i>	<i>1990</i>
Secano herbáceo	12.635,7	3.265,5
Secano leñoso	8.152,9	2.720,8
Regadío	899,9	624,8
Matorral/Pastizal	29.079,9	29.524,8
Bosque	15.301,5	29.512,8
Ríos/Embalse	792,2	1.216,9
Núcleos Urbanos	88,2	83,6
TOTAL	66.949,3	66.949,3

CUADRO N° 2
DINÁMICA/ESTABILIDAD DE LA OCUPACIÓN DEL SUELO

	<i>HECTÁREAS</i>
Forestal estable	27.799,8
Agrícola estable	4.233,5
TOTAL ESTABLE	32.033,3
Forestal dinámico	31.237,8
Agrícola dinámico	2.377,7
TOTAL DINÁMICO	33.615,5
Ríos	792,2
Embalse	424,7
Núcleos urbanos	83,6

CUADRO N° 3
EL ESPACIO FORESTAL ACTUAL

	<i>HECTÁREAS</i>
Bosque estable	11.557,3
Matorral/Pastizal estable	16.242,5
Agrícola a Bosque	6.091,8
Matorral/Pastizal a Bosque	11.863,7
Agrícola a Matorral/Pastizal	9.929,6
Bosque a Matorral/Pastizal	3.352,7
TOTAL ESPACIO FORESTAL	59.037,6
Otros usos	6.611,2
Ríos/Embalse	1.216,9
Núcleos urbanos	83,6

CUADRO N° 4
EL ESPACIO AGRÍCOLA ACTUAL

	<i>HECTÁREAS</i>
Secano herbáceo estable	2.711,8
Secano leñoso estable	1.004,9
Regadío estable	516,8
De Forestal a Agrícola	1.134,6
Agrícola dinámico	1.243,3
TOTAL ESPACIO AGRÍCOLA	6.611,62
Otros usos	59.037,6
Ríos/Embalse	1.216,9
Núcleos urbanos	83,6

CUADRO N° 5
LA PÉRDIDA DEL ESPACIO AGRÍCOLA DE SECANO

	<i>HECTÁREAS</i>
Leñoso a Bosque	3.048,9
Leñoso a Matorral/Pastizal	3.896,0
Herbáceo a Bosque	2.942,9
Herbáceo a Matorral/Pastizal	5.851,5
TOTAL TIERRAS ABANDONADAS	15.739,3
Otros usos	49.909,5
Ríos/Embalse	1.216,9
Núcleos urbanos	83,6

CUADRO N° 6
EL ESPACIO FORESTAL TRANSFORMADO

	<i>HECTÁREAS</i>
Herbáceo a Bosque	2.942,9
Leñoso a Bosque	3.048,9
Matorral/Pastizal a Bosque	11.863,7
Herbáceo a Matorral/Pastizal	5.851,5
Leñoso a Matorral/Pastizal	3.896,0
Bosque a Matorral/Pastizal	3.352,7
Otros usos	34.680,6
Ríos/Embalse	1.216,9
Núcleos urbanos	83,6

**CUADRO N° 7
HACIA UNA APROXIMACIÓN SINTÉTICA (A).**

	< 7 %	> 7 %	TOTAL
Forestal Estable	2.825,4	24.974,4	27.799,8
Agrícola Estable	1.311,6	2.921,9	4.233,5
Forestal Dinámico	2.745,1	28.492,8	31.237,9
Agrícola Dinámico	584,2	1.793,5	2.377,7
TOTAL	7.466,3	58.182,6	65.648,9
Ríos/Embalse	/	/	1.216,9
Núcleos Urbanos	/	/	83,6

**CUADRO N° 8
HACIA UNA APROXIMACIÓN SINTÉTICA (B).**

	< 3 UTAs	3 a 9 UTAs	> 9 UTAs	TOTAL
Forestal Estable	9.128,0	15.864,0	2.807,8	27.799,8
Agrícola Estable	1.521,7	2.625,0	86,7	4.233,4
Forestal Dinámico	2.620,1	1296,8	27.321,1	31.238,0
Agrícola Dinámico	2.315,1	58,7	4,0	2.377,8
TOTAL	15.584,9	19.844,5	30.219,6	65.649,0
Ríos/Embalse	/	/	/	1.216,9
Núcleos Urbanos	/	/	/	83,6

CUADRO N° 9
HACIA UNA APROXIMACIÓN SINTÉTICA (B).

	<i>< 3 UTAs</i>	<i>3 a 9 UTAs</i>	<i>> 9 UTAs</i>	<i>TOTAL</i>
Forestal Estable - 7%	1.376,3	1.242,4	209,6	2.825,4
Agrícola Estable - 7%	335,3	969,6	6,6	1.311,5
Forestal Estable + 7%	7.751,6	14.621,6	2.601,1	24.974,3
Agrícola Estable + 7%	1.186,4	1.655,4	80,0	2.921,8
Forestal Dinámico - 7%	283,6	55,1	2.406,3	2.745,0
Agrícola Dinámico - 7%	579,6	4,6	/	584,2
Forestal Dinámico + 7%	2.332,4	1.241,6	24.918,8	28.492,8
Agrícola Dinámico +7%	1.739,3	54,3	/	1.793,6
TOTAL	15.584,9	19.844,5	30.219,4	65.648,4
Ríos/Embalse	/	/	/	1.216,9
Núcleos Urbanos	/	/	/	83,6